MÁS DE VEINTICINCO AÑOS DESPUÉS

*Víctor Blanco**

Los seres humanos hacemos cosas, no es sólo el estar en un tiempo y en un lugar y el suceso que en ellos ocurre: hacemos cosas, ponemos intención, sentido en lo que hacemos y lo transmitimos a quienes nos rodean. En esto todos somos más o menos iguales. Pero hay quienes no sólo hacen cosas, sino que a la intención y el sentido le agregan pasión, visión de futuro y trascendencia, y entonces fundan instituciones que los rebasan y que adquieren vida propia.

En este número *Estudios* reitera, una vez más, su carácter de institución y también muestra que tiene memoria y, por lo uno y lo otro, dedica su número 100 a quien la fundó y todavía la dirige.

Se nos ha invitado a participar con un mismo tema: Julián Meza. Estoy cierto de que la idea no fue de él, sino de quienes conforman el equipo que ha dado continuidad a su proyecto, porque no está dentro de sus características la egolatría. Y no es que sea un humilde ser anónimo, al estilo franciscano, porque se hace notar donde está y por donde pasa.

Tampoco es afecto a la adulación porque prefiere recibir verdades, en particular de quienes se precian de ser sus amigos. Así que lo que sigue no es ni pretende ser un panegírico, es apenas un breve esbozo de la experiencia que he podido compartir con él.

*Abogado General del ITAM.

VÍCTOR BLANCO

El otoño de 1984 está ya muy lejos, no sólo en el tiempo. El ITAM era otro, tenía ya cierto prestigio entre las instituciones de educación superior, pero estaba confinado a un espacio más bien reducido. En ese pequeño mundo académico se fraguó la idea de arrancar un proyecto trascendente que se convirtiera en un signo distintivo del instituto como universidad. Bajo la rectoría de Javier Beristáin, Rodolfo Vázquez, Jefe del Departamento Académico de Estudios Generales, y Julián Meza, como “coordinador”, sirvieron de catalizadores y aglutinadores para un grupo notable de individualidades que generaron la primera publicación periódica del ITAM. Ese primer número, visto desde fuera, parecía un producto atípico, ¿qué tenía que ver una revista de historia, filosofía y letras con un instituto que en el nombre lleva el término “tecnológico”? Quienes hemos estado vinculados con este proyecto educativo sabemos bien que el ITAM y estos saberes tienen mucho que ver, porque son una de las notas distintivas de sus programas universitarios y una de las improntas que se pretende dejar en nuestros estudiantes. Los profesores del Departamento de Estudios Generales no sólo lo saben, sino que lo viven de manera intensa en cada clase que imparten y en cada actividad que emprenden. Así que ese primer proyecto editorial permanente del ITAM derivó, de manera natural, del espacio académico más propicio para ello y esa es una de las razones de su perdurabilidad.

Desde ese primer número y de manera constante, Julián ha ido compartiendo con los lectores su periplo intelectual y vital. Es probablemente el colaborador más asiduo de la revista y en sus páginas ha publicado ensayos, reseñas, notas. En sus textos siempre se trasluce la ebullición interna de un espíritu libre, crítico, comprometido, retador y contestatario; y también los meandros por los que anda su inteligencia, siempre aguda e incisiva.

Julián dice de sí mismo que es sólo un ‘literato’, que está licenciado (y le da al término un giro muy suyo: más licenciado que otra cosa) en filosofía. En realidad es una supuesta confesión que resulta sospechosa de arranque para quienes le conocemos.

Es, desde luego, un literato. Le apasiona escribir y ha hecho de la escritura una parte importante de su vida, especialmente ahora que

está (él sí, a diferencia de lo que ocurre con la mayoría de las personas) disfrutando de su jubilación, porque le permite dedicar todo el tiempo que quiere a su pasión vital.

Pero Julián es también muchas otras cosas.

Es un formador, y estoy seguro que el término debe incomodarlo porque es algo ampuloso y presuntuoso, pero en verdad lo es, porque va dejando en algunos de sus alumnos (no en todos ni en cualquiera) improntas que les cambian materialmente la vida, al darles una perspectiva nueva, distinta y desinstaladora para ver el mundo y sus alrededores.

Es un ilustrador, sobre todo en su más que lúdica faceta de profesor de materias optativas, en particular de la que tantas veces impartió con el tema de su vocación definitoria: la literatura. Allí abrió cofres de tesoros inmensos para quienes, siendo de los formados por él en los cursos de Estudios Generales, siguieron su huella al final de sus estudios profesionales (como abogados, actuarios, administradores, contadores, ingenieros, internacionalistas, matemáticos e incluso economistas), venciendo las inercias de las “deformaciones profesionales” que inevitablemente el modelo educativo imperante imprime en los jóvenes estudiantes, convirtiéndoles en prematuros viejos profesionistas.

Es un polemista valiente que se ha enfrentado desde hace décadas a los molinos de viento y a los gigantes desmesurados que pululan por todas partes.

Es un crítico despiadado, casi de ideas fijas, de ciertas asunciones nacionales que resultan más bien ser indigestiones descomunales de modelos importados de tierras más frías y que tienen bien sentados sus reales muy cerca del que fue su hábitat por tantos años.

Es un hombre de compromisos, primero con su trabajo y las exigencias que le impone, y también con la vida y con su conciencia. Para él, la palabra “claudicación” es un término desconocido, simplemente impensable, porque claudicar es morir. ¿Es, entonces, un intransigente? No, su inteligencia aguda se lo impide; la sensatez de su naturaleza le impone una verdad abrumadora, quizás la única, nadie posee la verdad y todos podemos aprender y aprovechar del esfuerzo de los demás.

Es un intelectual, y este es otro término que seguramente le disgusta, porque desprecia a quienes se escudan en él para desde ahí descalificar,

VÍCTOR BLANCO

pontificar, adular y acomodarse como veletas hacia donde sopla el viento. Julián no descalifica, pulveriza con su crítica mordaz, sí, pasional, también, pero siempre inteligente, penetrante, razonada y leal. No pontifica aunque es contundente y jamás se desenvuelve en la medias tintas. No adula porque simplemente no está en su naturaleza hacerlo, todo lo contrario, de manera incluso imprudente se enfrenta una y otra vez a quienes detentan autoridad. No se acomoda, porque eso va en contra de su concepción de vida y se ha comprometido siempre con ella.

Es un filósofo, aunque le pese, porque se plantea preguntas complejas y propone respuestas imbricadas en una formación abundante y un pensamiento ordenado y metódico que no se queda en la anécdota.

Es un observador de la realidad en la que vive y a la que es capaz de analizar y desmenuzar con acierto, un observador bien dotado.

Es un historiador porque está convencido de que el desconocimiento del pasado o su deficiente comprensión son las taras más importantes del país en el que nació, al que pertenece y ama.

Es un cronista porque está alerta constantemente y capta los textos y los subtextos de lo que está pasando a su alrededor y en el mundo.

Es un promotor que comparte generosamente con quien quiere recibirlo lo que descubre, lo que goza, lo que aprende y lo que sufre.

Es, en suma, un entrañable ser humano, imprescindible al estilo brechtiano.

Voy a terminar reproduciendo aquí la parte final de una reseña escrita por mí y publicada en revista *Estudios* 47 (invierno 1996-1997). El texto lo redacté a solicitud de Julián, quien me invitó a participar en la presentación de su “Bestiario de la Modernidad Mexicana y Diccionario Posmoderno” en el ITAM:

Addendum que contiene algunos vocablos no incluidos por el autor:

Cáustico. Dícese de la persona que padece el síndrome del ácido sulfúrico y provoca quemaduras de cuarto grado en aquellos a los que se dirige su afilado verbo. Ver: Iconoclasta.

Iconoclasta. Descreído que quema imágenes. Ver: Irreverente.

Irreverente. El que no venera nada ... ni al poder. Ver: Incendiario.

Incendiario. Quemalotodo compulsivo que se carcajea con desenfreno. Ver: Sarcástico.

Sarcástico. Dícese del humano con tendencia a criticar burlonamente. Ver: Impertinente.

Impertinente. Aquel cuyo ingenio está fuera de las pautas de la obsecuencia. Ver: Provocador.

Provocador. Dícese del individuo que una y otra vez irrita sin misericordia a quienes detentan o ejercen alguna clase de dominación. Ver: Cabrón.

Cabrón. Adjetivo sustantivado de frecuente uso entre los tecnócratas. Dícese de la persona que desagrada pertinazmente a los poderosos y a sus adláteres. Ver: Julián Meza.

Con Edgar Morin en París (foto de Ana Paula Meza).